



FACHADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE LA-SEO DE ZARAGOZA.

(INCENDIO DEL CHAPITEL DE SU TORRE.)

Habiéndose ya ocupado el SEMANARIO en la descripción del templo de La- Seo de Zaragoza, y presentado sus vistas, interior y retablo mayor en los números 26 y 27 del tomo 6.º correspondiente al año 1841, hoy solo cumple á nosotros hacer una ligera reseña de su fachada principal. Esta, que desde luego se presenta al lado de su elegante y esbelta torre, pertenece al gusto greco-romano; adornado su primer cuerpo con columnas y pilastras de orden corintio, y el segundo con tres estatuas del Salvador, San Pedro y San Pablo colocadas en sus nichos respectivos: estas esculturas son obra de Don Manuel Gual, así como el del todo de la portada es de Don Julian Yarza, á cuyo cargo estuvo su ejecución á fines del pasado siglo. La gigantesca torre que á su lado izquierdo se ostenta, fué ideada en Roma el año 1685 por Juan Bautista Contini, y aprobado el plan por otros dos arquitectos romanos, habiendo este sufrido alguna ligera modificación al ejecutarse en el año siguiente: fueron los artistas encargados de esta obra Pedro Cuyeu, Gaspar Serrano y Jaime Borbon, segun demuestra la inscripción colocada entre el almohadillado del primer cuerpo: este, que termina por una fuerte balaustrada, sirve de basamento á tres cuerpos más que de él se levantan en proporcionada disminución: hácia la parte de la plaza y en el centro del segundo cuerpo, formado por pilastras y esquinas convexas, se ve la muestra del reloj sosteni-

da por las figuras alegóricas del Tiempo y la Vigilancia; el tercero, adornado con columnas del orden eóritio, es de forma octógona, y en los frentes que corresponden á los ángulos del anterior estan colocadas sobre macizos zócalos cuatro colosales estatuas que representan la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza, ejecutadas por el escultor Don Joaquín Arslí, hijo de la misma Zaragoza; en los huecos de los otros cuatro frentes estan las campanas: el cuarto cuerpo sigue el órden que el tercero, si es que en lugar de estatuas contiene unos flameros al pié de sus pilastras; sobre este último cuerpo se veia no hace muchos años el lindísimo chapitel con que terminaba la torre, cuya desaparición f. é debida á uno de esos fenómenos tan comunes en el órden de la naturaleza.

Era el 7 de abril del año 1850, dia domingo llamado de Cosmido, en el que el Santísimo Sacramento se administra por todos los párrocos á los fieles de sus respectivas feligresias que por causa de enfermedad no les ha sido posible ir á recibirlo por sí al pié de los altares. Ya eran las siete de la mañana; las diferentes procesiones habian salido de sus parroquias, cuando una grande oscuridad anunció la proximidad de un fuerte tronador; con efecto, á muy poco rato una de las nubes más próximas despidió una exhalación, que dando en la cúspide del chapitel de la torre de La- Seo y resbalando á lo restante de la ar-

mazon, bajó al reloj, y por las cadenas que con el cascante lo comunican pasó á este, y salió por el extremo de la saeta rompiendo la superficie del punto que esta marcaba que á la sazón eran las siete y media; desde este momento hasta las nueve y media estuvo humeando la parte superior del capítulo, y en aquella hora se declaró un horrible y espantoso fuego que lo devoró hasta su base, habiendo sido inútiles y espantosos esfuerzos se hicieron por salvarlo. El sensible pueblo de Zaragoza se hallaba contemplando mudo testigo tan fatal acontecimiento, y en su ambiente se leía el disgusto que le causará y el temor al propio tiempo de que el fuego se comunicara á la armadura del grandioso templo del Salvador; pero nada le era posible remediar; los débiles son los esfuerzos humanos cuando la Providencia ostenta como en este caso el mas pequeño átomo de su grandeza! A las once y media apagaron la bola dorada, vela y cruz (que servían de remate) á un tejado inmediato, causando una gran brecha: sobre la una de la tarde ya se dominaba el fuego, y á poco no quedaba del capítulo otra cosa más que la memoria de lo que fué. Las autoridades civiles y militares se presentaron inmediatamente en el sitio de la catástrofe, y á las dos se retiraban, quedando únicamente sobre la torre una porción de obreros apagando el montón de fuego allí acumulado por la combustión de tanta materia.

Inmediatamente se procedió á abrir una suscripción para la reconstrucción de otro capítulo; y aunque se dijo haberse reunido una suma bastante respetable, la torre se conserva todavía en la misma forma, ó peor si se quiere, pues á tal ha llegado la incuria después de tantos años!!!

¿Es la civilización el origen de la inmoralidad de las sociedades modernas?

Agitando el hombre por el noble y genial anhelo de una perfección social que no se presenta á su vista, —y tal vez no sea dado á generación ninguna contemplar, —busca en lo porvenir ó en lo pasado la brillante realidad por que suspira: á esta última deben atribuirse los cargos que con frecuencia sumo se hacen á nuestro siglo y á su civilización. Ven hoy el cuerpo social afectado por plagas, ven dolo, maldad, vileza, en muchos hombres; ven á ocasiones alzarse edificios de grandeza y esplendor sobre los escombros de la ajena felicidad; ven crímenes y vicios; y de aquí deducen que es suma la corrupción de nuestro siglo, y lo que es peor, la juzgan debida al alto grado de cultura moral, social é intelectual que hemos alcanzado. No para aquí el error. Conociendo lo pasado por maravillosas ficciones, ó forjándose de él fantásticas ideas, lo oponen á lo presente; contemplan allí la pureza, la hidalgía, el heroísmo, la escelencia del hombre bajo todas sus fases; aquí en envilecimiento bajo todas sus formas y en todos sus grados: millicien entonces su adversa estrella que en tan algunos tiempos les hizo abrir los ojos á la luz. Pero, si por un feliz capricho, los que así piensan hojeasen la historia y examinasen el objeto de su entusiasmo, sucediérales lo que al viajero cuando pasea sus miradas en claro día por los campos visumbrados en oscura noche. Donde imaginó lombrosos bosquecillos, —mansión del fresco y poéticas fantasías, —halla grupos de raquíticos ó dañinos árboles; donde espaciosos lagos, inmundos pantanos; donde variadas flores, silvestres yerbas.

Los pasados siglos que, á favor de la distancia, —origen para los tiempos y las cosas de ilusiones tan encantadoras como vanas, —nos parecen tan superiores al nuestro en moralidad, se son muy inferiores, como veremos, si con el auxilio de la historia á ellos nos trasladamos. ¿Qué hallaremos en las primeras centurias de nuestra era? Una sociedad que se funde bajo el peso de su indecible corrupción, hombres presa del frenesí, del crimen y del vicio, hombres que con espanto y sacro pensamos eran de nuestra raza, y otros tan corrompidos y feroces, precipitándose sobre ellos para avasallarlos ó exterminarlos. Los bárbaros del Norte, destruyendo el moribundo imperio romano, me traen á la mente la imágen de inmundos buitres ensañándose en fétido cadáver.

Si echamos una ojeada á la edad media, ¿qué notaremos? Celmenes, fanatismo, rapina, disolución de costumbres, la fuerza bruta ostentándose desnuda, despiada y odiosa. El noble, que tanto se ensalzó con sus blasones y en ellos se funda para considerar al plebeyo como de raza inferior, no tiene á menos apostar en los caminos para robar al viajero, ya sea rico mercader, ya humilde peregrino cuyos labios ha santificado el sepulcro del Redentor, ya pobre ministro del altar; y harto á menudo destrozados cadáveres, colgando de los árboles, anuncian que la feroz codicia del noble no ha encontrado el oro apetecido. La dama feudal buye del tédio en impuros amores, y no pocas veces, en tanto que su esposo guerrea bajo el fuego del sol de Siria, mancha en brazos de melifloso trovador el talamo conyugal. El clero, olvidando su noble ministerio de purificación y dolor, olvidando el

inefable ejemplo del Salvador, se ampara de la sombra del altar para bollar las leyes divinas y humanas, las celdas de los conventos se convierten en antros de los vicios, y aun de crímenes espantosos. El pueblo, ignorante, desvalido, yime víctima de todas las vejaciones, y el infeliz vasallo del señor feudal, reprobado su lecho conyugal, re-mancillado el objeto de su amor, se somete á una de las mayores degradaciones que pueda sufrir el hombre, por al mas ínfimo é infame de los derechos, por un aluz Jerecho que hasta el clero reclama y del que á veces solo exige una indemnización pecuniaria. En medio de este caos de maldad y corrupción brillan á ocasiones la virtud, el heroísmo, la bondad moral; pero ¿qué son algunas estrellas en noche borrascosa? En esos ejemplos se ha fijado la poesía, y presentado casos aislados como una generalidad. Tanto valiera creer por una primera que está el desierto poblado de ellas; por una pepita de oro hallada en el escudo de un río, imaginar que en él se aletean riquezas.

Por el rápido bosquejo que de la edad media he trazado, fácil es sacar en consecuencia que el hombre, no por ser rudo é ignorante, no por vivir en la sencillez de una sociedad adolescente, se halla exento de inmoralidad; antes hay una casi certeza de que todo lo contrario sucede: parecese á las hierbas: estas de por sí poco bueno producen, y mezclada con muchísimo malo: las selvas del nuevo mundo, al lado de maguillos y provechosos árboles, presentaban maldad de injitiles ó nocivos, y en su frondoso seno aspirábase mortal ambiente: solo el cultivo dió al hombre ó pimas cosechas, y solo entonces dilatáron su pecho saludables aires. Si en apoyo de mi aserto se necesitassen mas pruebas, volvamos los ojos á las remotas islas de la Océania, y en aquellas primitivas sociedades veremos al hombre, cruel, pérfido, supersticioso, disoluto, y no presentando en cambio casi ninguna virtud: penetremos en ignoradas regiones del Africa, y nos saludará la inmunda prostitución; retrocedamos á los primeros tiempos de México, cuando la existencia del nuevo mundo era aun ignorada del antiguo, y lo que D. Alberto Lista asqued en la *Torre de Noche* como uno de los mayores desastros del romanticismo, será una realidad: la esposa del rey de Tescuco Netzahualpilli, tras la embriaguez de un efímero amor, hace parecer á sus amantes.

¿Será por ventura la moralidad griega la que humille á la nuestra? ¿Será Atenas, donde la casta esposa, confinada en el hogar doméstico, vela pagada con frío afecto su ternura, sus afanes por la educación de sus hijos y disciplina de su casa, mientras el amor, el entusiasmo, las atenciones, el predominio sobre el alma; se reservaban á las cortesanas? ¿Será Esparta, donde solo se pensaba en formar guerreros intrépidos y robustos, donde á este fin se sacrificaban los mas tiernos y dulces sentimientos, los mas nobles ocupaciones del espíritu; donde era licito matar al recién nacido débil, y robar, con tal que se hiciese fuertemente: donde se desnaturizaba á la mujer y en pro de la patria se profanaba el matrimonio?

No al alto grado de cultura pues, á los grandes adelantos políticos y sociales de nuestro siglo, á su civilización, en fin, se debe la inmoralidad que en él se advierte. Á mi ver, donde quiera que haya profundas y puras creencias religiosas, donde quiera que la adoración á Dios no consista solo en ceremonias, habrá moralidad, sea la que fuese la altura donde se encuentre el hombre en la escala de la civilización. Lucrecia, refugiándose de su desgracia en los brazos terribles de la muerte; Bruto inmoliando á sus hijos; Escóvolz contemplando impasible consumirse su mano en el brasero de Porzana; Coriolano, abandonando la ya segura venganza, humillando su inmenso orgullo á ruegos de Veturia, y yendo á arrastrar en largos y dolorosos años de oscuro destierro una vida en que tanta gloria podía caber aun; Cincinato, Virgilio, Scipion y tantos otros; las matronas que enseñaban á sus hijos como sus joyas de mas valia tantos sublimes ejemplos de virtud, de equidad, de abnegación y heroísmo, —pasmó y amoblecio de las edades, — brillan en siglos de oscura civilización, pero en que el culto de la patria era en el romano tan fervoroso como el de los dioses; en que nada se emprendía sin consultarlos, y en que la primera ocupacion matutina era volar á los templos á elevarles preces dictadas por fé profunda. La patria y la religion hé aqui las causas de tantas grandes cosas realizadas por Roma. Cuando solo quedó la primera, empezó á cultivarse rápidamente de manchas en brillante historia, y no fué necesario largo trascurso de tiempo para ver al pueblo-rey, al vencedor del universo, postrado por el miedo ante las aras de Calígula ó Nerón delirados!

Contemplemos ahora á la culta, á la refinada Francia, en el siglo pasado: mientras Felipe de Orleans, y en pos de él toda la nobleza, se entregaban al mas desenfrenado epicurismo; mientras se lanzaban epigramas y sarcasmos á la religion entre un misérrigo á disoluta dama y una libación de vino de Champagne; mientras en los dorados palacios nada habia sagrado ni puro, refugiábanse la virtud y los santos gozos de la familia en los pacíficos hogares de la clase mena creyente y religiosa. Cuando mas tarde, á los tremendos golpes de Voltaire, los enciclopedistas y tantos otros, murió en las almas la fé en todo, y se

levantaron en su lugar los dudosos á la incredulidad,—así en derruido palacio oriental se parecen las fieras,—cuando de un Inpansar subió Nueve. Dubarry a las gradas del trono; cuando los ministros del altar no se previeron á pronunciar en el púlpito el nombre de Jesucristo, y el abate de Prade calificó casi de hipótesis á nuestro Redentor en plena Séptima; cuando al mártir de los siglos, cuando al pueblo se le presentaron como la ísis y pérfidas las divinas palabras que suavizaban su jergón; templaban los hielos del invierno, y á su rabiosa desesperación sustituyó la dulce conformidad; entonces la disolución fué general, indudable! Estalló la revolución; y aquella generación incrédula, para quien todo acababa en el sepulcro; aquella generación que pisoteaba los vasos del altar y destruyendo los signos sagrados en los cementerios inscribía en su frontis *Sueño eterno*, empajó en sangre el suelo francés, la juventud, la hermosura, el talento, la vejez, la inocencia, la virtud, la demencia misma, no liberaron del sable y el cañón en setiembre, y de la guillotina durante el terror: aquel pueblo de tan noble talle, roto todo dique, se haría de sangre con un placer de tigre, con frenético apelo, y patentizó qué terribles caídas sobre el hombre, en qué espantosos abismos va á dar, cuando cegado por el orgullo; renuncia á Dios y toma por única guía á su razón. Hombrés de alta inteligencia, hombres de saber, prepararon los catástrofes revolucionarias, inflamaron el corazón del pueblo ignorante, pusieron en sus manos el sable y la pica, y le lanzaron á destruir, como lanza la bomba el artillero, sin saber si su obra de esterminio excederá á sus deseos.

De aquel tremendo caos de que salieron tantas reformas; de aquella inmensa demolición en que parecieron tantos abusos; de aquella vasta purificación, no pudo salir la mejora de las costumbres: antes bien creció, si posible era, la disolución del refresco de Luis XV. Pero ¿cómo no ser así? ¿cómo podía dejar de ser carnal y corrompida la sociedad que, en vez del culto de Dios, proclamaba el de la razón, simbolizada por una mujer de mal encubiertas formas, y sustitula las imágenes de la Virgen y los santos con los bustos de Marat y Lepelletier? ¿Cómo no procuraría apurar todos los goces de la materia la generación que no creía en otra vida, y veía á la muerte hacer con rapidez y abundancia pasmosas su fincra cosecha?

Así pues, á la indiferencia ó incredulidad religiosas, tan funesta una como otra, y á las tinieblas en que yace por desgracia una parte de los pueblos más favorecidos por la civilización, débese la inmundicia que empaña la gloria conquistada en tantas vías por nuestro siglo. Ahí están los hechos en apoyo de mis palabras: entre los seres desdichados que se abismen en el crimen ó en la prostitución, salvos muy contados casos, todos son víctimas de la mas intensa ignorancia, no poseen sanos principios religiosos, y aun algunos ni la menor idea tienen de las sagradas Escrituras. En los países donde la civilización ha derramado en las masas algunos destellos siquiera, son pocas las cosechetas y raro el crimen: en varios condados de Inglaterra, en algunas partes de Francia y de la union anglo-americana, en Alemania, donde las últimas clases de la sociedad poseen cierto grado de instrucción y sanas ideas religiosas, rarísimas veces tiene que ejercerse su ministerio el verdugo. El hombre del pueblo, lleno de mas alta idea de sí mismo, no ya víctima de las preocupaciones que con lérrea mano lo inundan en el fango de la abyección, ama el trabajo, porque ve en él placeres, consideraciones, un risueño porvenir. Cuando la noche interrumpe sus tareas, lejos de buscar el olvido que proporciona la embriaguez embriaguez, lejos de correr tras groseros pasatiempos á solicitar las caricias de inmundas mujeres, vuelva á recibir las de una casta esposa, las de tiernos frutos de amor sincero y profundo; y en las aguas divinas del Evangelio corrobora el rigor, las nobles tendencias de su alma, ó se embellece con los acentos de la poesía. ¡Espectáculo sublime, consolador! ¡tanto efecto de nuestra civilización! Las comodidades, los gozos materiales conatos por las del entendimiento, en las mansiones donde en otro tiempo se albergaban la ignorancia, las malas pasiones, ciego del alma! Si contempla hoy el hombre del pueblo la sumosa morada del rico, ó el blasonado coche del noble, no apríeta su corazón la rastrea envidia, porque la mano del divino carpintero de Nazaret le muestra un mundo en que solo habrá diferencia entre el bueno y el malo, y las instituciones sociales, la experiencia diaria, proclaman la igualdad de derechos entre los hombres. Si las alas de águila del genio levantan su alma á grandes cosas, laureles, honores, le brinda la sociedad, y su frente se alza casi tan alto como la de los reyes más ilustres. El noble no busca ya remanso en los campos de batalla solamente, ni, sumido en viciosa molleses, se contenta con los blasones de sus antepasados; lanzae tras otros noetos en los numerosos talleres de la inteligencia, rivalizando con el plebeyo á quien proclama su hermano. La aristocrática dama abandona su perfumado gabinete y espléndidos salones para visitar los asilos de la indigencia enferma y prodigarle consuelos y beneficios, y aun á veces no asques acercarse á la hez de su sexo con el celestial objeto de devolver á la vida morsi almas ctrompidas por el

vicio: movida de santo celo, trabaja sin cesar su ingenio en crear medios que enjungen el mayor número de las lágrimas que hace correr la miseria.

Además de las precitadas causas de inmundicia, puede considerarse como una de no corta importancia la literatura amena, que generalmente hablando, en poesías, en composiciones dramáticas y en novelas, manifiesta hasta á menudo tendencias destructoras, tanto mas fatales cuanto que su influjo se ha de ejercer sobre la juventud de ambos sexos, fácil presa de los sofismas, sobre todo cuando toman los acentos de la pasión ó las galas de la fantasía. ¡Cuántas almas acogen con fervido entusiasmo, admiran deleitadas estas obras que introducen en ellas lastimosa confusión que les hacen á veces irreparables estragos! Así el Indio acogia al borrado, embelesábase admirando á los brillantes guerreros que en las armas, objeto de curiosidad y placerero asombro, llevaban los instrumentos que hablan de introducir el trastorno y el esterminio en sus apacibles y dichosos hogares.

Cuando la luz de la civilización baña todo el cuerpo social; cuando se haya ligado en las almas sólido y sano conocimiento de la religión; cuando la literatura amena envíe constantemente á los espíritus saludable pasto, entonces,—creo yo,—la moral y la felicidad derramarán á la par sus gozos sobre el universo.

El cristianismo y la civilización! hé aquí las dos lumbrosas que han de guiar á la humanidad en su misterioso y angustiado paso por la tierra. Así, cual necesita esta la luz y los ardores del sol combinados, há menester aquella de los fulgores de la inteligencia y del calor de la fe que purifica y da vida al corazón. El cristianismo y la civilización —que lejos de embarazarse ó dañarse entendiéndose, se robustecen mutuamente y solo entonces pueden producir todo el bien que en ellos cabe,—ngiendo el primero las almas, y los espíritus la segunda, son los que han de conducir á la humanidad á los mas brillantes destinos que Dios le haya señalado.

Tariable como sea nuestra moralidad, pueda considerarse superior á la de los siglos precedentes: así lo han proclamado los insigtes escritores Chateaubriand, Villemain y Guizot. Todo hijo de nuestros tiempos, al echar una ojeada á los pasados, debe llamarse de regocijo y bendecir, sin pecar de optimista, á la Providencia, que en estos lo ha hecho nacer para contemplar las maravillas realizadas por el ingenio humano, los derechos de los pueblos más respetados, la justicia desempeñando mejor su santo ministerio, el hogar doméstico mas feliz y puro y las costumbres dando con menos frecuencia ocasiones de ira al Ser Omnipotente!

Malanza 1855.

EMILIO BLANCHET.

D. DIEGO DE ANAYA Y MALDONADO.

Hay siglos de transición que no podemos clasificar en una época perfectamente destinada, y cuyo estudio sin embargo abunda en interesantes lecciones para el historiador y para el filósofo. La edad media termina en el reinado de las monarcas católicas, porque entonces una horda de turcos que logró consternar á la Europa prevaleciendo de su desunion religiosa y política, espárese por todo el globo á los depositarios del antiguo saber librando del naufragio de los bárbaros, y los españoles levantan la cruz en los miltares de Grenada y abaten para siempre el estandarte del Profeta; pero aun antes se ven los hoquejos de la civilización moderna: larga serie de legisladores ha venido preparando la organización social de la monarquía castellana, y en tiempo del generoso rey D. Juan I, alcanza el elemento popular el mas alto punto de su influencia y de su poder. En estos periodos de caracteres vagos é indefinidos, en que toda se mezcla y confunde, y en que al lado de los elementos decadentes de una vida anterior fomenta la sociedad los gérmenes vivificadores de otra nueva y acaso de mas brillante porvenir, los hechos tienen gran significacion, y los personajes adquieren colosales proporciones en la historia filosófica.

No fué D. Diego de Anaya y Maldonado uno de esos grandes géminos que con sus concepciones ó empresas caracterizan el siglo en que vivieron; pero elevado á los mas altos puestos religiosos y políticos de su nacion, y habiendo tomado parte en los grandes acontecimientos de la época, muestra bien en su vida las variadas fases de la sociedad que le rodeaba, y es sin duda uno de los hijos de mas renombre con que puede gloriarse Salamanca. Nacido en esta ciudad (1537) de D. Pedro Alvarez de Anaya y Doña Aldonza Maldonado, descendientes de ilustres y antiguas familias de España, se dedicó en edad temprana á las tareas literarias, y en especial al estudio de los dos derechos. Sus datos científicos y literarios le dieron muy pronto á conocer; pero un oscuro velo encubre su moralidad, y fruto de sus amores con Doña Mariada Orozco, hija del desgraciado Inigo Lopez de Orozco, fueron el tan celebrado Juan y Diego Gomez de Anaya. Después eclesiásticos en el fundado por su

ruogos del rey de Aragón y del legado de Martino V, le suplicó que se sometiera á los acuerdos de Constanza; pero á nada accedió su corazón, mas duro, como dice un historiador, que la roca en que habitaba.

Tiempo es ya de que digamos algo del gran pensamiento que iba realizando Anaya en Salamanca, de la fundación del tan celebrado colegio de San Bartolomé. Siendo obispo de Salamanca habia dado principio á tan importante empresa, y su adelanto siempre fué el objeto predilecto de su celo: en 1401 escogió algunos estudiantes pobres y virtuosos, así cursantes como graduados, y dándoles las casas que junto al palacio episcopal tenia, les proveyó de sustento, y nombró rector de este humilde seminario al licenciado Pedro Nuñez; en 1405 les dió unas constituciones, las perfeccionó mas tarde (1407), é interesado doblemente en el fomento de su fundación, siendo obispo de Cuenca, encargó al canónigo Pedro Bernal la adquisición de un sitio mas espacioso que el entonces ocupado por los colegiales, y compró junto á la iglesia catedral unas casas (1), con cuyo derribo dejó espacio para su colegio (1415). Terminado el concilio de Constanza, volvió D. Diego de Anaya á Salamanca, y como si estuviese concluida ya, la obra de fabrica, escogió quince colegiales y dos capellanes, y con ellos él y sus dos hijos que hasta entonces habian vivido á su lado, vistieron el manto y beca que se han usado hasta la supresion del colegio. Un numeroso concurso, compuesto particularmente de los doctores de la universidad y de todo lo mas selecto y brillante de la sociedad salmantina poblaba la capilla el día primero que en ella se celebró (27 de diciembre); la fiesta terminó con un elocuente discurso pronunciado por el fundador, y la historia ha confirmado ya las grandes esperanzas que concibió de su instituto. Cuéntase que Anaya solia repetir cuando inspeccionaba los trabajos del edificio: *hago un colegio para defensa de la fe*; y un tiempo fué en que desempeñados los principales cargos políticos y eclesiásticos por sus discípulos, se vulgarizó la frase *todo el mundo está lleno de Bartoloméos*.

El rey D. Juan II nombró por sus embajadores cerca del de Francia al arzobispo de Sevilla y al conde de Beaumont D. Rodrigo Pimentel; D. Diego adquirió entonces mucho renombre en el extranjero; habia llegado al apogeo de su gloria, y era llegada la hora en que sobreviene la adversa fortuna. El gran maestro de Santiago, favorito del rey, miraba con recelo crecer en proporciones la colosal figura del fundador; queria tambien la sede de Sevilla para su hermano Oterino D. Juan de Corcuera, entonces obispo de Oama y tan memorable en la batalla de Sierra Elvira, y aprovechó la ausencia de Anaya para derrocar su influjo. Martino V escueñó la columna de que el arzobispo de Sevilla favorecia las pretensiones del antipapa de Peñíscola: D. Álvaro de Luna la apoyó, y el cabildo catedral de Salamanca, disgustado desde que su antiguo obispo quiso imponerle una disciplina severa, le sostuvo con pasión. Anaya fué privado del arzobispado (1420) quedándole solo el grado episcopal, con título de arzobispo de Tarsis y 20,000 florines de pensión en las rentas de su iglesia, y Fr. Lope de Ulmedo, general de la Orden Gerónima y muy favorecido por la corte pontificia, fué nombrado para administrar la vacante. El fundador salmantino se retiró á San Bartolomé de Lupiana; pero sus discípulos (2) combatieron sin tregua la imputación que se le dirigió: representaron al rey, lograron que remitiese los informes muy recomendados á la Santa Sede, y encargado de la averiguación del asunto el primado de Toledo, D. Sancho de Rojas, fué declarado inocente Anaya y repuesto en su silla (5 de enero 1425). Mas Cercoela estaba ya al frente de la metrópoli, y Luna seguia en el favor; por manera que hasta que fué promovido aquel á la silla primada (1434), no tuvo efecto cumplido la reparación; tres años quedaron á Anaya para reformar su iglesia, visitar la diócesis, mejorar su fundación y proteger á sus parientes: en Cantillana, pueblo de su arzobispado, le atacó la enfermedad de que murió en breve (1437). Su cadáver fué trasladado á la preciosa capilla de San Bartolomé, que con este objeto habia erigido (1422) en el claustro de la antigua iglesia catedral de Salamanca, y colocado en el magnífico sepulcro que aun se conserva en su centro cercado con una elegante verja (3), en que se lee una inscripción de caracteres góticos (4). El testamento de D. Diego de Anaya se ha conservado: despues de varios legados instituye por heredero universal á su colegio, usando de la facultad apostólica que le concedió Benedicto XIII para testar de ensano adquirirse en las prebendas y de otros bienes cuasi castrenses que habia ganado en servi-

cio de sus reyes: la mas rica joya de esta herencia fué su librería abundante en manuscritos originales (5). Es cierto que una espesa nube empaña la juventud de Anaya; pero virtuoso y activo ya en otra edad, obtuvo por su religiosidad y saber los mas altos puestos de la nación, y supo desempeñarlos con lucidez, merecer la confianza de sus monarcas, y probar hasta en otras naciones la justicia de su renombre.

FERRN HERNANDEZ IGLESIAS.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL.

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO IX.

(Continuación.)

—Venga, Klvir, venga... pues no sé qué presiente el corazón. Pero ¿cómo soy tan débil y tan insensato?... No... no... Elvir, que parte, y lleve á su desleal señora el peso de mi odio y de mi desprecio.

El pajeillo, que no habia esperado la segunda orden para irse como una flecha en busca del mensajero, mal pudiera esconder esta nueva resolución del duque, quien clavado quedose en el umbral de la cámara, preocupado de fuertes y encontradas imaginaciones. Aun se hallaba luchando con ellas, apoyada la frente sobre las jambas de la puerta, cuando en los vestibulos empezaron á sonar confusamente pasos, que aclarándose cada vez mas, dejaron pronto percibir la llegada de dos personas á la estancia ducal.

—Ellos son! murmuro D. Pedro, que saliera de su distracción á i choque desigual de las pisadas. ¡Mejor! Así sabremos á qué atenernos, y llegaremos hasta el fin.

Y se fué á sentar con la majestad de un príncipe en sendo sitial de brocado toledano, cuando ya Klvir en el alfeizar de la entrada alzaba su voz, anunciando:

—El honorable Belardo de Mendaya demanda audiencia de vuestra señoría ducal.

Un ademán imponente fué tan solo el asentimiento del de Girón.

CAPITULO X.

HORAS DE TEMPESTAD.

No hay para qué referir la escena entre el caudillo de Tordehumos y el mensajero que vives anar á besarle los pies. Hay mucha distancia entre los interlocutores, para que pudiera allí pasar nada que escadiese los perfides de la etiqueta y la circunspeccion aristocrática. D. Pedro era muy dueño de sí en semejantes casos para venderse á la malicia de un criado, y el escudero sabia bastante de camarería, para guardarse de salir á terreno resbaladizo.

Los guardas de la villa vieron salir con la mayor indiferencia del mundo al buen hidalgo del magro palafren, á media hora poco mas ó menos de haber entrado en ella por gracia é influjo del bullicioso Elvir, favorito del duque, y diablo suelto de todas sus gentes y servidores.

El día se pasó, como los anteriores, en órdenes, conferencias, aprestos y revistas. D. Pedro recibia sin descanso capitanes y correos, avisos y refuerzos. Estuvo activo y hábil como de costumbre. Solamente ciertos curiosos le notaron algun momento de melancólica distracción y cierto ardor desusado en sus ojos, que contrastaba mas por el semi-círculo morado sobre que se destacaba en espacios y fríaspariente glóbulo. Pero lo achacaban á la continuada vigilia, á los cuidados del gobierno, ó cuando mucho á puridades juveniles de que no libertan la púrpura ni el arnés.

Llegó presto la noche, como sucede en las tardes enojadas del invierno; echáronse los peines, salieron las rondas, veláronse los muros, y sonó por fin la queda de tímboles y clarines, y el centinela del castillo exhaló el primer grito de vigilia militar.

Todo yacía en completa calma, despues que el aliento de la noche fué extinguendo uno por uno los últimos y peregrinos ruidos de una población que sucumbe al helado de las tinieblas y de las fatigas. Si desde las solitarias y sógostas calles de la villa le place al curioso seguimos hasta el cerro donde se asienta la fortaleza, y trepando por su escarpada vertiente, penetra en su recinto por una triple arcada y ágría es-

(1) Sobresantos florines de oro de Aragón cedaron estas casas, propiedad de la catedral de Salamanca á un convento de San Pedro de Cardana.

(2) Figuraba al frente su mas interesante empresa el fr. Juan de Melib, que despues fué cardenal, el doctor Alonso de Paladmar, mas tarde obispo de Ciudad Rodrigo, y el doctor Juan Rodríguez de Toro, que no aceptó el obispado de Coria que le ofrecía D. Álvaro de Luna porque desistiera de esta casa.

(3) Los discípulos de la escuela especial de arquitectura que en 1335 hicieron una espallacion artística á Salamanca, copiaron este sepulcro y muchos detalles del interior de la cegilla.

(4) Aquí vive el Bmo. é Ilmo. é muy magnifico Sr. D. Diego de Anaya, arzobispo de Sevilla, fundador del antiguo col. gto. de San Bartolomé, falleció año de 1477.

(5) Entre las preciosidades manuscritas de esta biblioteca, figuraba los escritos originales del Toledano, cuyo achacamiento ninguno de los nuestros es bien conocido; sin embargo, hoy ignoramos el paradero de estas papelerías: nuestros disturbios han sido menos generosos que las olas del mar.

calera de caracol; si no ha por molestia desahozarse á lo largo de un murallon que corta la plaza de armas; y si tiene ánimo para entrar por un postigo y dejarse llevar por la mano á través de espaciosas cuadras y pasadizos, no desiertos de ballestas y ojos vigilantes, le conducirán á la cámara del gobernador de la plaza, donde ya entramos antes con el buen escudero de Mendaya, y verá y oirá lo que nosotros vamos á ver y oír. En ella pues, á la macilenta luz de una lámpara de bronce suspendida del elíptico cascarón, hallará á nuestro antiguo conocido D. Pedro Girón, aunque no de tan buen talante como pudieran desear sus bienquerientes.

Sentado el infanzón delante de un escritorio, y haciendo del siniestro brazo un ángulo de resistencia para su pálida y ardorosa frente, contemplaba con árida turbación un pergamino blanqueado y perfumado que en diestra tenía es tendido sobre la oscura planicie de nogal. La variada y siempre profunda expresión de su fisonomía móvil y sentida daba á conocer desde luego que en su alma batalla tenían trabada recios y encontrados impulsos. Ya se oprimía convulsivamente las palpitanles sienes, cual si quisiera arrancar de allí una idea de tormenta mortal; bien quedábase abatido y empañados los ojos por húmeda nube de hervor y delicado pesar, y también brillando súbito en ellos un rayo magnífico de viril resolución, se levantaba calmado y altivo con la sonrisa del desden en los labios y la dignidad de un juez. Mas pronto su boca tornaba á agitarse, su semblante á oscurecerse, cruzaba el aposento á pasos sin compás ni dirección, y volvía á caer sobre el bilette, lanzando un gemido desgarrador y tristísimo.

Y reinaba nuevamente el silencio tan fatídico y tenebroso como el que reina en los intervalos de la tempestad.

Una campana monótona y confusa rompió ahora con su misterioso diapason.

—Las siete!... prorrumpió el castellano, saliendo de un caos de confusión y de fiebre. ¡Las ocho!... Una hora resta nada mas... pero una hora de martirio y de daga y de tribulación!... Esta es su vida... sí!... Ella ha tratado estos caracteres, que acaso convuelven una nueva alevesa. Sobre está superficie ha posado aquella mano que yo tanto acaricié... mientras me clavaba un puñal en las entrañas con desdén y pérdida ingrátitud!... ¿Y yo he de volver á verla?... ¡Yo conceder mi presencia á quien me ha llenado para siempre de amargura!... Confúndame Dios!

«Si estimáis la paz de vuestro espíritu, y si en algo llena un caballero la vindicación de una dama, á las ocho de la presente noche hallaréis en el santuario del castillo viejo quien ruegue por vuestra aventura á la madre de los acuilados.»

»FLOR DEL MAR.»

¡Flor del mar!... Nombre adorado que encierra un tesoro de recuerdos... una vida de ilusión y de inefable encanto. ¡Flor del mar!... Ese era su nombre... el nombre de amor y de inocencia... el nombre inspirado y dulcísimo que el amante dió á la acorde en el misterio de sus corazones, en la poesía de su felicidad. Oh!... este nombre efímero, este símbolo divino de ternura y de bendición, me hiero con magnético influjo, y despierta en mí el mal apagado incendio de aquel presente y tempestuoso amor... Si, la veré, sabré sus males ó sus bienes, le diré cuántas lágrimas han vertido mis ojos, cuántos ayos tallado mi alma, sin luz y sin consuelo.

Pero ella ha posado sus juramentos, ella es mi julleruo sobre la tierra... no es digna de piedad y cortesía.

¡Qué digo!... Perdóneme la sombra de mis ahuelos. Llevo en mis venas la sangre de los héroes de La Vanda, soy español... y el fuero de mi casa y de mi tierra es el respeto y el amparo á la mujer.—Y luego ¿dónde está la prueba de su imputada traición? ¡Nécio de mí! ¿No es la esposa del almirante?... ¿Y qué? ¿No han ido otras bellezas al tálamo como la víctima al altar?... ¿Quién sabe si es más infeliz que yo?... Corren unos tiempos en que el fuero de la paternidad puede cuanto quiere... y a eso mas. Aun cuando solo por apurar la incertidumbre y despejar el enigma, debo y quiero presentarme como quien soy. Quizá voy á parecer débil... mas si no, pasará por cobarde. Jamás, perdice.

En golpe violento dió por el duque sobre un timbre hizo que una nota aguda y percutiente acompañara la terminación de la frase. No se habla estinguído el eco, y ya Elvir estaba en presencia de su desvelado dueño.

—Las sillas sobre Boreas y Azor, y á caballo dentro de quinze minutos!

—¿Solos?—se limitó á contestar el adolescente.

—Con nuestro brazo y buena voluntad.

El continente del duque no daba lugar á diálogos mayores.

Así pues Elvir salió algo mohino y enojado: pero cumplió al pie de la letra el mandato recibido, y antes de medio cuarto de hora ya estaba de vuelta en la cámara del duque, vestida una ligera forja

y con el estoque á la cinta. D. Pedro por su parte no había perdido el tiempo, echándose una mala flusina, cubierta con un cojeto de ante acuchillado de escarlata, calzado de flexibles botas con espaciose pabellón y doradas espuelas, ornén de una luenga espada de combate, y cierto sombrero á la chamberga, bajo cuyos alas pocióra su rostro escaparse á la mirada de algun curioso ó otra cosa peor.

—Boreas y Azor esperan en el zaguan del humenaje.

—Al pórtico de Santa Cristina.

Y echó el paje delante, y el caballero le siguió por una salida reservada que caía sobre la portera, por donde aquella mañana vieron entrar á Elvir y á su compañero de camino.

Pocos instantes después el purlon gemía sobre sus goznes, y dió paso á dos ginetes embizados en anchos ferreuelos y que casi no se destacaban sobre el fondo de la oscuridad. Bajaron despacio la pendiente del cerro, y apenas en camino llano:

—Al santuario del Castillo-viejo! dijo el que llevaba la delantera.

Y partió como el aliento de la tempestad.

El otro embizado alzó la brida de su corcel, quien sin mas impulso lanzó en pos del primero como la flecha tras la paloma.

A poco se perdieron en la oscuridad, y el pórtico de la fortaleza se cerró con pausado y melancólico sonido.

(Continuad.)

LAS ILUSIONES.

Entre lo que mas me atormenta en este píetro mundo he contado siempre la manera que yo tengo de ver todo lo que me rodea y cuantos acontecimientos de la vida humana llegan á mi noticia: por un fenómeno que no puedo explicar, pero cuya existencia conozco, yo todo lo veo de distinto modo que los demás. No sé si en esto ganó ó pierdo; pero es lo cierto que me sucede así, y la consecuencia lógica de semejante causa es que casi siempre me encuentro en la mas completa contradicción con todo lo que veo y oigo, y con cuantos hombres me hablan. No obstante el respeto que rindo á las mayorías, me hallo condenado á vivir en perpétua minoría, puesto que poquimas veces estoy de acuerdo con lo que dicen los más. Por lo anteriormente espuesto no estrañarán mis lectores que combata hoy lo que la generalidad afirma sobre cierta opinion tan autorizada ya, que apenas encontraré quien se ponga de mí lado en una cuestion que cuenta con el apoyo casi unánime de las personas de todas las edades y condiciones.

En todas partes y de todos lados sale un constante clamor contra lo que ha dado en llamarse *materialismo grosero de nuestro siglo*, y no hay ya paciencia suficiente para sufrir un día y otro día, un año y otro año, las declamaciones de los hipócritas, los sarcasmos de los impíos y la charlatanería de los indiferentes, que se empeñan en sostener con la mayor formalidad que está próximo, muy próximo, un cataclismo social venido sobre la humanidad tan solo por el *materialismo*, o que todo lo ha invadido y domina.

Y yo, que como he dicho al principio de este artículo, se me antoja ver casi todas las cosas de diferente manera que los demás, me río á carcajada tendida un día y otro de las vanas *declamaciones de los hipócritas, de los sarcasmos de los impíos y de la charlatanería de los indiferentes*, porque creo de todas veras que jamás ha existido un siglo de mas *ilusiones* que este, ni nunca la humanidad se ha pasado mas por los inmensos espacios de la imaginación que en la presente época.

Si algun filósofo, aunque sea *in fieri*, tiene el mal gusto de leer estas líneas, creará cuando menos que yo me voy á engolfar en ese intrincado laberinto de las diferentes escuelas filosóficas, cuyos autores y discípulos se han roto los cascos años y mas años con el fin de averiguar la verdadera relación que existe entre la *materia* y el *espíritu*, pasando de aqui luego á investigaciones sobre *el ser* y el *conocer* que son capaces de volver tarumba hasta al mismo Krausse, no obstante su especial organismo para tan profundos estudios; pero yo, que nada tengo de filósofo, y que no me he propuesto averiguar la razon y el por qué suceden las cosas, sino combatir una opinion muy general, pero muy errónea á mi modo de ver, de jo para alguna otra ocasion mas oportuna eso de remontarme á la alta esfera de la filosofía, para buscar la explicación de tal fenómeno, y á mi manera y como Dios me dé á entender probaré, contra lo que todos dicen, que nuestro siglo es el de mas *ilusiones* que han visto los nacidos, por mas que quiera sostenerse lo opuesto.

Como la tesis que me propongo sostener se funda en la narración de hechos contemporáneos que prueban hasta la evidencia que cuanto se declama contra lo que se llama *materialismo* es falso, porque jamás la humanidad ha conocido una generacion que se alimente mas de *ilusiones* que la actual, no creo necesario hacer ningunas es-

curción al campo de la historia antigua, donde de seguro hallaría datos y sucesos con que apoyar, no solo mi opinión, sino también la contraria, puesto que una de las grandes ventajas que yo siempre he encontrado en el estudio de la historia es que en ella hay armas para combatir en todos los terrenos, y argumentos que usar en pro y en contra de cuanto se quiera sostener.

Entrando pues aquí, como se dice ahora, en el fondo de la cuestión, presentaré algunos ejemplos que prueban completamente cuanto dejo dicho.

Mis lectores conocerán de seguro una porción de esos hombres que siendo las mas completas *nulidades* llegan á hacerse la *ilusión* de que tienen una gran importancia en el mundo, y que cuando menos son los señalados por el dedo de la Providencia para arreglar los destinos de la humanidad, y redimirlos de los muchos pecados, y tonterías que continuamente comete. Inútil será que un alma caritativa trate de sacarlos del error en que se encuentran poniéndoles de manifiesto su insignificancia, y lo mucho que de ellos se rien los demás: encaramados nuestros héroes en lo mas alto y *encumbrado del mundo de las ilusiones*, desprecian á todos los que se les ponen á su paso, marchan de frente hácia su fin con la cabeza erguida, dirigen una mirada de superioridad á cuantos los rodean, cañillean á la humanidad entera de estúpida é ignorante, y siguen con la *ilusión* de que solo ellos, y nadie mas que ellos, son el origen y la fuente de todo bien para el género humano.

Otros se hacen la *ilusión* de que no son pobres; y aunque la pobreza es una de las verdades que admiten poca duda, el que llega á hacerse la *ilusión* de ser rico, no hay fuerzas humanas que le convengan de lo contrario. El dia que estrena un frac ó una corbata iguales á la que sabe que compró el duque de Medinaceli, por ejemplo, ya se hace la *ilusión* que es tan duque como dicho señor; y si por casualidad le encuentra en la calle, en el paseo ó en el teatro, le mira como de igual á igual, se arrellana en su butaca, y en aquellas momentos hasta se hace la *ilusión* que le espera en la calle un magnífico carnaje, tirado por dos briosos caballos, y servido de lacayos con galonada librea, y un palacio, con ayudas de cámara, uñeres, y mil y mil servidores á quienes mandar.

El que llega á hacerse la *ilusión* de que es orador, pierde el trabajo cualquiera que tome á su cargo el convencerle de que sus discursos estan llenos de sandeces, que no hay plan ni método en ellos, que las citas históricas que hace son inconvenientes, que dice palabras inoportunas, que cuantos le oyen se rien de él; por último, que Dios no le llama por el camino de los Demóstenes, Cicerones y Mirabeaux. Hablará, y hablará siempre que se le presente ocasión; entrará en sociedades de minas, ferro-carriles y seguros por pronunciar un discurso; asistirá á reuniones electorales y de milicia, y hasta se hará diputado para hablar en pro ó en contra de cualquier cosa que se discuta, puesto que para él que se hace la *ilusión* de que es un gran orador, la cuestión es hablar. Al que se hace la *ilusión* de que es poeta y literato, y estos son los mas temibles, se cansará inútilmente el que quiera sacarle de su error. Sus versos son los mas selectos que se han hecho desde Homero acá: sus comedias van á producir una revolución en nuestro teatro (aunque sea de sílabos), sus trabajos en prosa son lo mejor que se ha escrito. Y es imposible libertarse de oírle recitar los diez y siete últimos cantos de los cincuenta y cuatro y medio de un poema que ha compuesto titulado *el juicio final*, en que se imita el sonido de la trompeta, los alaridos de los condenados y las blasfemias de los diablos. Y no hay medio de no escuchar los tres primeros actos de los quince de que consta un horripilante drama con su prólogo, advertencia, intróito y epílogo, titulado *el dolera morbo*, en que se morirá hasta la población donde se represente. Y finalmente, hay que elogiar unas seguidillas á las narices de cierta *ribteadora* polkante en Capella nes, que arden (las seguidillas por supuesto, no las narices) en un candil.

En cuanto á ese mundo de *ilusiones* en que viven los enamorados (por mas desengaños que sufran), las feas (aun mirándose mucho al espejo), las jamonas casquivanas (no obstante las traiciones de que sean víctimas), los alibarados viejos (sin embargo de los chascos que se suelen llevar), esa multitud de conquistadores pollos (á pesar de las calabazas, *coups de pied*, y alguna otra caricia por el estilo que puedan recibir), los aficionaditos á la política (aunque cada dia presencién una traición), y finalmente los mineros (que suelen ver explotar... su bolsillo), es imposible decir una sola palabra que no sepa ya todo el mundo que los haya contemplado respirando en la embriagadora atmósfera de las *ilusiones*, creyéndose dos líneas distantes, á la mas, de la suprema felicidad.

Por último, lectores, tales son y tantas las *ilusiones* que todos nos formamos en la vida, no obstante que dicen que estamos *materiados*, que para enumerarlas sería preciso escribir una obra mas larga que la necesaria para referir todos nuestros desacerdos políticos; pero acabaré aquí diciéndoles que vosotros en este instante os esta

haciendo la *ilusión* de que habeis leído un artículo, lo cual no es otra cosa que os confiesa que tambien se la hace de que le ha escrito,

EL BARON DE ILLESCAS.

A CORINTA.

En su día.

Corred, veraillos míos,
corred en rápido vuelo,
y á mi gentil Corina
felicidad muy tiernos!

A la sin par zagala
que en los márgenes hellos
del Betis, siempre claro,
es de gracias modelo.

Llegad muy respetosos
á ofrecerla el incienso
de mi grata memoria,
de mi fino recuerdo.

Decidla, si álgida
la encontráreis sintiendo
de sobresalto llena
la ausencia de Fileno.

Que sus pesaras temple,
que ausencia de un momento,
por breve no merece
anublar su contento.

Que su graciosa imagen
ocupa siempre el pecho
de aquel que por su dicha
hace votos al cielo;

Porque viva felice
sin penas y sin duelos,
cercada de placeres,
colmada de contentos.

Por último, decidle
con el suave acento
que custodia las almas
sin inspirar celos.

Que el tiempo no malogre,
que aproveche su tiempo
que es precioso, y no tome
hácia atrás ni un momento.

A TIRSA.

ROMANCE.

¿Por qué, Tirsa, tal desvío
á par del hazago tierno?
¿por qué tus ojos me dicen
lo que me culta tu acento?

¿Nunca por mí mal vimeras
á causar tantos desvelos
desde la ciudad de Alejdes
donde fué tu sol primero!

Pues á la vez que tus gracias
han turbado mi sosiego,
no me es dado averiguar
si eres sensible á mi afecto.

La pasión que me inspiraste
mis tristes labios dijeron,
cuando humilde, respetoso,
te expliqué mi amor sincero.

No del rayo el fiero golpe
sigue tan veloz al terreno,
como al mirarte impassible
quedé absorto y sin aliento.

¿Qué indiferente me escuchas!
y no dando ni un acento
por respuesta á mi plegaria,
me dejas frío como el hielo.

Desesperado te escribo
un papel lleno de fuego,
sentido cual yo lo estaba,
sincero cual es mi afecto.

Cuatro vueltas ha descrito
después Fobo al hemisferio,
y no á contestarme tú
has consagrado un momento.

Hazlo de cualquiera suerte
para calmar mi tormento;
moriré de amor si me amas;
si no me amas, de despecho.

M. C.

CLUB DE MADRES CELESTINAS.

Juntas estaban un día
en casa de Satanás
todas las viejas del mundo,
mas amargas que el agraz.
Sentóse en medio una dueña
con mas años que el andar,
per omnia secula humano
y ejemplo de eternidad;
y, juntando las narices
con la barba para hablar,
mostró una sima en la boca
que trascendia á alquitrán.
Sepades, dijo, vosotras,
las que venis á escuchar,
que si hoy ojeon parezco
fui ayer hembra mortal;
que este melón, que atrevido
memento diciendo está,
llevó madejas de oro,
y en cada hebra un galán;
que estos labios berengenas
fueron ayer de coral,
y era *et cetera* de mármol
lo que hoy es pasa no mas;
y que de tan nobles partes
y de tanta cualidad
al mirarme enamoróse
un gallardo hijo de Adán.
Me casé; y antes de un año,
por su bien ó por su mal,
llegué un bosque de tinteros
en su cabeza á plantar.
Con el sudor de su frente
ganó mi marido el pan:
ahora estará en el infierno,
¡guárdele Dios por allá!
A una doncellita errante
comencé luego á adiestrar
en curar bolsas hidrópicas
por no estar nunca de mas;
pero un maldecido *guro*
llegónos á *avizarar*,
á ella la valió el *calcorro*,
y á mí me perdió la edad.
Sacóme el sastre de culpas
del *banasto* á pasear,
poniéndome una camisa
que no se ha roto jamás.
Y despues de esto, temiendo
que el frio me hiciese mal,
me vistió un manto de plumas;
¡pague Dios su caridad!
Dijo la vieja, y callóse;
aplaudieron las demás;
y entre loses y moquitas
se marcharon á acostar.

José GONZALEZ DE TEJADA.

LETRILLA.

Que Camila encantadora
Diga al novio que le adora,
Quizás;

Que no adore mas Camila
Un pañuelo de Manila,
Jamás.

Que entienda bien Don Macario
Las cuentas de su rosario,
Quizás;

Mas que al manejar mis rentas
Traiga corrientes las cuentas,
Jamás.

Que ante los hombres Clotilde
Baje los ojos humilde,
Quizás;

Crear que de esto se infiere
Que la niña no los quiere,
Jamás.

Que taberneros oscuros
Fumen escelentes puros,
Quizás;

Mas lograr que los indinos
Nos vendan puros sus vinos,
Jamás.

Que exista algun comerciante
Que no sea petulante,
Quizás;

Que haya uno aqui ó en Malta
Que nos dé el peso sin falta,
Jamás.

Que haya jóvenes coquetas
Sin saber hacer calcetas,
Quizás;

Mas ver una solamente
Sin bailar perfectamente,
Jamás.

Que las criadas á gritos
Brinden por los señoritos,
Quizás;

Pero que las habladoras
Traten bien á las señoras,
Jamás.

Que cure un médico honrado
Gratis á un necesitado,
Quizás;

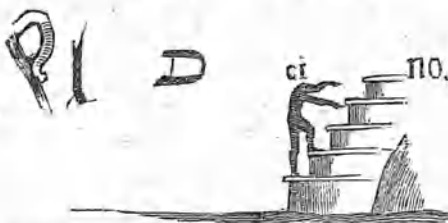
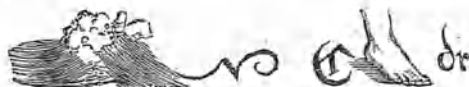
Pero creer que lo haga
Con el amor que al que paga,
Jamás.

Que las muchachas mejores
Se parezcan á las flores,
Quizás;

Negar que las mas divinas
Suelen clavar mas espinas,
Jamás.

V. MARTINEZ MULLER.

JEROGLIFICO.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.